

LA BUENA NUEVA

REVISTA POPULAR CATÓLICA

RELIGION, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA

Director: ABDON DE PAZ

Año II.

Madrid 10 Enero 1874.

Núm. 7.

SUMARIO

Revista general, por Hortensio. — *Relación entre el socialismo y la filosofía de Alemania*, por D. Julian Sanchez Ruano. — *El prólogo de una novela*, por D. Abdon de Paz. — *Lejos del poder*.

Poesía de Tirso de Molina. — *En el album de una desconocida*, por D. Enrique Perez Eserich. — *No hay patria sea*, por D. Antonio de Trueba. — *Pensamientos*. — *Miscelánea*.

REVISTA GENERAL

Año nuevo — Propósitos del Poder Ejecutivo de la República española respecto de la Iglesia. — Descubrimientos importantes. — Ferro-carril submarino entre Francia é Inglaterra. — Bibliotecas parroquiales. — Crónica teatral.

Si nuestra revista tuviera otro carácter, mucho pudiéramos escribir acerca del difunto 1873 y de su hijo el naciente 74. Pero como la política es campo vedado para nosotros, dejando á un lado las rutinarias promesas que en tales fechas acostumbra hacer toda empresa periodística, nos concretaremos á felicitar con motivo del año entrante á nuestros ilustrados lectores, y á dedicar un recuerdo, como curiosidad histórica, cuando no como muestra de cariño, á aquellas eminencias del poder y del genio, que desde el 1.º de enero al 31 de diciembre último, fueron borradas por el dedo de Dios del libro de los vivos.

Entre ellas merecen especial mención las que siguen: Napoleon III, Abd-el-Kader y el príncipe Couza; los escritores Breton de los Herreros, la Avellaneda, Lytton Bulwer, Stuard Mill, Manzoni y Teófilo Gautier; los políticos Brabo Murillo, Olózaga, Arrazola, Rios Rosas y Ratazzi; los pintores Rosales y Vinterhalter; los actores Tamayo y Maerady; el compositor Poniatowski; y el capitalista Baring.

El actual Poder Ejecutivo de la República española, como para demostrar que los buenos católicos y los hombres sinceramente religiosos no deben recelar de la verdadera democracia, ha dirigido á la nación, entre otras, las siguientes honrosas frases, publicadas en la *Gaceta* de 9 del actual:

«Ya ha cesado por dicha la corriente que en otras edades pudo llevarnos al protestantismo, y es fácil augurar que la libertad de cultos no ha de romper entre nosotros la unidad católica en las conciencias, antes ha de afirmarla y ennoblecerla, fundándola en una espontánea concordancia en la fe, y no en la compresión tiránica y en la violencia. El Estado, pues, no puede desatender ni ofender á la Iglesia,

desatendiendo y ofendiendo así las creencias de la inmensa mayoría de los españoles, y poniéndose en abierta lucha con una de las fuerzas más poderosas, persistentes y organizadas, que encierra la sociedad en su seno. Si alguien supusiere lo contrario será con el fin de seducir á los incautos é ignorantes, y de ocultar ó cohonestar, bajo manto de religión, su sed de novedades y trastornos, y su odio á la civilización, á la libertad y al progreso.»

Están llamando extraordinariamente la atención en Europa tres importantes descubrimientos.

El primero es del inglés Whyte, que ha traído en completo estado de frescura carnes desde el Canadá á Inglaterra, las cuales podrán venderse á la mitad del precio de la carne en el Reino Unido.

El segundo es el de un campesino de Lieja, Bélgica, que casi de un modo milagroso ha descubierto que tres partes de determinadas tierras, mezcladas con una cuarta parte de carbon y soda, dan un fuego igual al del carbon vegetal, con inmensa economía.

Por último la sal de soda, mezclada con agua de lluvia y gotas de *naphle*, produce una luz como la del aceite mineral.

La prensa extranjera, que nos comunica estas noticias, nos da á la vez la de que acaba de declararse en Francia obra nacional el túnel que ha de enlazar á esta nación con Inglaterra, por debajo del mar. Los trabajos y el capital necesarios serán inmensos; pero incalculables también las consecuencias de esta unión entre el continente y las islas británicas.

Los ingenieros más notables de Europa no dudan ya de que el genio industrial de nuestro siglo, que ha abierto el túnel del Mont-Cenis y que abre en estos momentos el de San Gotardo en los Alpes, realizará esta obra gigantesca.

El Sr. D. Isidro Castaneda ha llevado á cabo en su diócesi nativa, Santander, un pensamiento que le honra sobremanera, y que secundado en toda España daría de sí tan benéficos como positivos re

sultados. Consiste aquel en la fundación de bibliotecas gratuitas en cada parroquia, y en los establecimientos penales y de beneficencia de la capital, con el exclusivo propósito de "generalizar la lectura de sanas doctrinas y útiles conocimientos, que, infundiendo horror á la vagancia y apartamiento del vicio, fortifiquen el amor á Dios, á la familia, al trabajo y á la patria."

Para realizar proyecto tan laudable, con la eficaz ayuda del ilustrado Sr. Obispo de la diócesis, D. Isidro Castanedo abrió una suscripción, á cuyo frente comenzó por figurar él mismo por la cantidad de 5.000 reales, y cuyo resultado final proporcionó 65.526 reales con 76 céntimos, bastantes á adquirir y distribuir en 384 poblaciones 7.438 volúmenes, referentes á religión y moral, filosofía y literatura, agricultura, industria y comercio, geografía é historia, ciencias exactas, físicas y naturales, arquitectura y mecánica, economía é higiene, etc., de autores como Chateaubriand, Balzac, Fenelon, Solís, Prescott, Fernán Caballero, Irving, y otros no menos notables.

Felicitemos al Sr. Castanedo y deseamos de todas veras que sea imitado en otras provincias el ensayo de sus *Bibliotecas parroquiales*.

*
* *

Dinorah, La Africana, Favorita y El Barbero de Sevilla, han sido las óperas cantadas desde nuestra última revista en el coliseo de la plaza de Oriente, en el cual han comenzado los ensayos de la obra del maestro español Zubiaurre, titulada *Don Fernando el Emplazado*. La actividad del empresario Sr. Robles es con justicia acreedora al favor del público.

Apolo nos ha ofrecido *La comediante famosa* del Sr. García Santisteban, magistralmente interpretada por la eminente Matilde Díez, y *El honor*, drama de D. Ramon de Campoamor, en el cual, al través de algunos defectos dramáticos, hay que admirar no pocas bellezas literarias, propias del ilustre autor de las *Doloras*.

Concluida la exposición de las obras de Breton de los Herreros, la empresa del Español ensaya la comedia de magia *Las Manzanas de oro*, para cuya *mise en scene* no escasea gasto alguno.

En la Zarzuela continúan las representaciones de *Ildara*, letra del Sr. Puente y Brañas, música de Oudrid, en cuya obra tanto se distinguen las señoras Franco y Velasco, y la señorita Guerrero, que ejecuta con suma agilidad y elegancia varios difíciles pasos de baile. El lujo desplegado por la empresa en los trajes y demás accesorios, y la propiedad de las magníficas decoraciones debidas al pincel de los señores Ferri y Busato, merecen los aplausos de la numerosa concurrencia que estas noches acude al teatro de Jovellanos.

No podemos decir otro tanto del Circo, cuyas representaciones han tenido que suspenderse por la tenaz indisposición del... público, que le ha negado sus favores.

HORTENSIO.

RELACION ENTRE EL SOCIALISMO Y LA FILOSOFÍA DE ALEMANIA

Aunque nadie haya puesto en duda que las ciencias y disciplinas todas, objeto de la investigación de la mente humana, guardan entre sí, por más inconexas que á primera vista parezcan, relaciones de comercio mutuo, y que se comunican por lazos de íntimo parentesco, todavía es necesario inquirir otras razones, así especulativas como históricas, las cuales sirvan de explicación precisa y satisfactoria al punto concreto que intentamos desenvolver y demostrar.

Es innegable que el siglo décimo sexto excede y sobrepasa, por su desmesurada grandeza, á todos los que le precedieron, y aún quizás á todos los que le han seguido, levantándose de entre ellos á la manera que se levanta de entre montes aplanados la atrevida roca que va á ocultar en los cielos su cabeza altanera y arrogante. Por eso cuando, á la vista de cualquiera de los gravísimos problemas que hoy agitan á todos los pensadores eminentes de uno y otro emisferio, pretendemos darnos cuenta de su origen, y averiguar el por qué de su valía, vémonos obligados á estudiar pausadamente el complicado movimiento filosófico, social, religioso y político de la era de Carlos V.

Sin que al presente sea mi ánimo ensalzar ó deprimir, de la manera hiperbólica y apasionada con que por lo común se hace, las reformas que tuvieron lugar á poco de la revolución protestante, fecunda en grandes y provechosas enseñanzas, séame lícito consignar que desde esta época han seguido los estudios metafísicos y los sociales, que de ellos reciben el principio que les alienta, y la savia que les dilata y robustece, dos direcciones diversas, las cuales, cercanas en su origen, van separándose con precipitado andar para no encontrarse nunca, ni confundirse jamás, al modo que no se juntan en parte alguna del espacio las ramas de una parábola, y de la manera que no se han de confundir, en cuanto el mundo sea mundo, la fealdad de las tinieblas y la hermosura de la luz.

Y aún dentro de un sistema dado, es fácil entrever cómo los espíritus parece que rinden pleito homenaje á principios diferentes, viniendo á oscilar á impulso de fuerzas contradictorias. Si bien se examina, no dejará de verse que el naturalismo de un lado y el sobrenaturalismo de otro, forman, en definitiva, los polos en rededor de los cuales giran respec-

tivamente ora tímidos, ora animosos, ya conscia, ya inconsciamente, ahora desalentados, luego con esperanza, hoy tristes y llorosos á causa de una derrota, mañana entonando con regocijo frenético himnos de inmortal victoria, los campeones y adalides todos que militan bajo cualquiera de las dos únicas banderas, cuya reñida batalla continúa, quizás hoy con más encarnizamiento que nunca.

Consiguientemente con lo dicho, nótese la misma ley de contradicción repulsiva en el esplendoroso cielo que forman los filósofos alemanes del último tercio del pasado y del primero del presente siglo. Empero el respeto á la verdad nos obliga á decir que en la mayor parte de estas escuelas han sobrepujado y vencido los instintos naturalistas á sus opuestos, con no mucha gloria, ciertamente, de la filosofía, y con mengua no escasa de la razón. Y habiendo coincidido la superabundancia racionalista del otro lado del Rhin con la efervescencia revolucionaria de allende los Pirineos, llegaron ambos movimientos á entremezclarse y darse la mano apenas hubo sazón y motivo de oportunidad histórica. Así, del mismo modo que la parte juiciosa de uno y otro pueblo vinieron á establecer alianzas y concordias, no de otra suerte se dieron uno como anillo nupcial los temerarios intrigantes y desenfundados del foco ultra-racionalista y del foco ultra-revolucionario. Si el dios-progreso cuenta en Hegel con un doctor intrépido, puede á su vez vanagloriarse de tener un ferviente sacerdote en el infortunado Saint-Simon. De la extrema izquierda de Fichte proceden el positivismo orgánico de Comte y la crítica disolvente de Proudhon.

Visto ya de qué manera se relacionan y completan el socialismo y la filosofía de Alemania en general, investiguemos ahora cuáles son los vínculos que enlazan, tan estrechamente como observamos aquí, á los partidarios del autor de las *Contradicciones económicas* y á los discípulos de Krausse.

Si algun sistema total y unisóno pudiera deducirse de cuanto escribió el insigne Proudhon, sería sin duda un verdadero sincretismo socialista. El preso de Santa Pelagia, al combatir á Fourier, se aprovechaba de las doctrinas de su adversario más de lo que ordinariamente se figuran algunos; y es que al impugnarle no tanto lo hacia por lo que le sobrase, cuanto por lo que á su juicio le faltaba para ser consumado socialista. La fórmula explícita, descarada y cruda (si vale la frase) del naturalismo, con relación á los problemas sociales, se encuentra seguramente en Proudhon. Cada cual puede ver la muestra que en sus obras ha dejado, en donde no sabe uno qué admirar más, si la magnificencia del lenguaje, lo certero del instinto, el vigor de la dialéctica, la elevación del talento ó la enormidad de los absurdos, á

cuya propagación han contribuido de consuno lenguaje, instinto, dialéctica y talento.

Pues bien, si algun sistema total y armónico fuera posible sacar de las que entre nosotros corren como doctrinas de Krausse, sería indudablemente un sincretismo germánico-filosofista. Al impugnar Krausse á sus eximios predecesores, no tanto los combate por lo que son, cuanto por lo que dejan de ser. La fórmula explícita y terminante del naturalismo, con relación á los problemas filosóficos, aunque envuelta y adornada con místico cendal, se halla seguramente en los escritos del maestro de Tiberghien.

A nadie sorprenderá, después de estas observaciones, que los sectarios de Proudhon y los amantes de Krausse hayan celebrado entre nosotros pactos defensivos y ofensivos, así para ascender á discutir en las encumbradas regiones de la ciencia, como para bajar á mantener su puesto en el humilde campo de la política, en donde el polvo que se levanta y la gritaría que á las veces se forma, es causa de que los contendientes, sin verse y sin oírse, crucen y choquen sus aceros con fragoroso estruendo.

Aun cuando la escuela socialista de un lado, y la escuela de Krausse de otro, sean harto respetables por sí, no vaya á creerse que juntas han de lograr ser invulnerables é invencibles: pareceme que el sentido común ha de ser más que suficiente para derruir sus murallas, aniquilar sus parapetos, poner en fuga tumultuosa sus huestes intrépidas y aguerridas, y reducir al vacío la ponderosa máquina de sofísticos absurdos con que, sin darse punto de reposo, aturden los oídos ensordeciendo los aires.

Afortunadamente ni la justicia de la humanidad, ni las libertades de los pueblos, han menester de semejantes auxilios. ¡Ay de la libertad! ¡ay de la justicia, si no contasen con otros!

JULIAN SANCHEZ RUANO.

EL PRÓLOGO DE UNA NOVELA

Srita. D.^a María de la Concepción Gimeno.

Mi distinguida amiga: Me honra usted eligiéndome para escribir el prólogo de su novela *Luz en la mente y tinieblas en el corazón*, y, aunque enemigo de semejantes discursos, no puedo menos de quebrantar por esta vez mi propósito, estimando en cuanto se merece tan señalada deferencia. ¡Cómo el humilde autor de *La Biblia de las Mujeres* habia de excusarse á aquel objeto con una amiga, que á su cualidad de tal reúne la de la juventud, á la juventud la belleza, y á esta los encantos de una imaginación exuberante y los hechizos de un talento nada común?

Concurren además en usted otras circunstancias, que me halagan sobremanera. Usted no concibe solo el arte por el arte, sistema que, si cautiva á sociedades adolescentes, no impresiona sino por el momento á

pueblos que han llegado á la edad viril, abstraídos en el estudio de problemas, en cuya solución cifran instintivamente el término de sus desdichas ó el germen de mayores catástrofes. Partidaria de la escuela que nos guía por inducción del corazón al cerebro, del sentimiento á la idea, del arte á la ciencia, basa usted uno y otra en los sanos principios, á cuya unidad hemos espontáneamente de acogernos como único puerto en la tempestad que nos rodea. Y esto, que para otros quizá no signifique nada, para mí significa mucho. Significa que la mujer española, posterior á la revolución, entra juiciosamente preparada en la senda del progreso, creyente, no incrédula, pudorosa, no descocada, digna hija de aquella santa escritora, gloria del siglo XVI, que, no obstante los dardos de la envidia y hasta las punzadas de la calumnia, compañeras inseparables del verdadero mérito en este nuestro país, fundió en el crisol de su espíritu el criterio más razonador y la fe más vehemente.

Tan distante de los que tienen á lo sumo á nuestra hermosa mitad por un mueble de lujo, como de aquellos otros que de tal modo la quieren libartar que la esclavizan y de tal manera enaltecer que la deprimen hasta convertirla en meretriz inmunda; va para siete años que defendí la verdadera emancipación de la mujer, sin menoscabo de la sociedad, ni detrimento de la familia.

Creí entonces y continúo creyendo, con San Agustín, que si Eva perdió en el Eden el derecho de su libertad, del que habia abusado, tal pérdida fué un castigo de su culpa, no condicion de su naturaleza. Creí entonces y continúo creyendo que, cuando aquella culpa no estuviera aún suficientemente castigada, semejante supuesto no nos autorizaria jamás para abusar también nosotros del *sub viri potestate eris et ipse dominabitur tui* del Génesis, no nos autorizaria para convertir nuestra potestad en despótica, ni nuestro dominio en absoluto. Y, convencido de que, lejos de perder, ganaríamos por extremo con el acrecentamiento de la influencia del ser, en cuya propia debilidad comenzó Dios por asentar el poder de su fuerza; me atreví á formular la tabla de sus derechos, á continuación de la de sus deberes, ámbas á modo de protesta contra ciertas in-moralidades, á la vez que como contrapeso á ciertas preocupaciones de este siglo, que, no obstante alardear de independencia y tolerancia, las tiene, y no escasas, acreedoras á la censura más acerba.

Los hechos ocurridos en estos últimos años, desde la *Commune* de París al bombardeo de Cartagena, han fortalecido mi ideal, impulsándome á continuar propagándole, hoy con mayor entusiasmo que nunca, cuando preciso es el padecimiento de rematada miopía para no ver en su triunfo, más ó menos próximo, nuestra única salvación, ó, hablando en términos

filosófico-gongorinos, la antinomia sintetizada de nuestras convulsiones presentes.

Por eso al hallar aquella tendencia en las páginas de *Luz en la mente y tinieblas en el corazón*; al considerar cómo la fe de Serafín, sin otro maestro que el rugido de las tempestades del Océano, abate el orgullo del doctor Harlez, extraviado en el dédalo de la ciencia; al contemplar á este incrédulo abjurando sus errores ante la tumba de un artista y la sonrisa de una mujer; no me detengo en pormenores, cuyo relato disminuiría el interés en la lectura de la fábula; sino que me concreto á admirar en usted á la escritora digna, que, dando novedad al pensamiento de la redención por el amor, en que se inspiraron escritores como Víctor Hugo y Feuillet, acude noblemente á la formidable lid empeñada entre los que niegan y los que creemos; lo cual basta y sobra para que cualquiera persona sensata, enemiga del progreso de *doublé* que ciertos peregrinos ingeniosos quisieran hacer pasar por de ley, la felicite de todas veras y aliente con toda su alma.

Monos sabios, que solo hemos procurado imitar en lo malo á nuestros vecinos de allende el Pirineo, hay entre nosotros quien insiste en defender lo indefendible, lo irracional, lo anti-social, lo absurdo, aún en el concepto más positivista; y conveniente es que un día y otro, en una ú otra forma, á la vez que la historia escribe lo que el tiempo desenvuelve con su inflexible lógica, la literatura aproveche la enseñanza de aquellos hechos, ya que no en bien de las generaciones que se van, seca la mente y el corazón marchito, en bien de las generaciones por venir, en bien de los que, niños hoy, única esperanza de la patria, nos demandan inocentes cuenta y razón del tesoro de la fe que nos legaron nuestros abuelos, y que nosotros ¡miserables! nos complacemos en derrochar de un modo inícuo, al satánico estruendo de las saturnales más nefandas.

Sabe usted que es siempre suyo afectísimo amigo y atento servidor q. s. p. b.

ABDON DE PAZ.

Madrid 1.º de enero de 1874.

LEJOS DEL PODER

(Acto III de *La Prudencia en la Mujer*).

Ya gozaré con descanso
lo que mi quietud desea;
el sosiego de la aldea;
su trato sencillo y manso;
las verdades que en palacio
por tanto precio se venden;
las palabras que no ofenden;
la vida que aquí despacio
con tiempo á la muerte avisa;
el quieto y seguro sueño,
que en la corte es tan pequeño,
como su vida de prisa.

No sé cómo encareceros
el contento que recibo
de ver que ya libre vivo
de engañosos lisonjeros,
de aquel encantado infierno,
á donde la confusion
entretiene la ambicion
con el disfraz del gobierno.

TIRSO DE MOLINA.

EN EL ALBUM DE UNA DESCONOCIDA

Niña, no te vi jamás;
pero en el caso presente
presumo cómo serás,
y te adivina mi mente
poco ménos, poco más.

Veó en mi imaginacion,
sin duda ni confusion,
que tú tienes, cosa rara,
los ojitos en la cara
y en el pecho el corazon.

Sin echarla de agorero
tus ojos, á lo que inferio,
van diciendo por quien soy,
si azules «mirando muero»,
si negros «matando voy.»

Bajo tu frente á mi ver
que abrigues es necesario
algun recuerdo de ayer,
porque al fin, siendo mujer,
tendrás el alma en tu armario.

Y así sucesivamente
desde tu serena frente
hasta tu pequeño pié,
yo se... Pero, pluma, tente
y no digas lo que sé.

Adiós, mi desconocida,
y si una ilusion querida
te pinta en sueños amores,
Dios haga que broten flores
en el jardin de tu vida.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

NO HAY PATRIA FEA

I.

Hacia más de veinte años que yo ansiaba continuamente volver al valle nativo, ánsia á que contribuía no poco la circunstancia de no haber vuelto á ver á mis padres, á mis hermanos, á mis compañeros de la infancia, desde que me alejé de ellos casi niño.

Comprendo que el amor al hogar paterno y al valle nativo ha sido siempre en mí una pasión que en lo intensa, y si se quiere en lo insensata, me ha diferenciado de la generalidad de los hombres, porque me parece que entre cada millon de ellos apenas es posible encontrar uno que sienta esa pasión con la intensidad con que yo la sentía.

Esta pasión en mí es hija de mi naturaleza y no de las circunstancias y vicisitudes de mi vida, porque ni en el hogar doméstico había dejado delicias materiales de tal magnitud y encanto que fuera im-

posible olvidarlas, ni lejos de aquel hogar había encontrado trabajos tan grandes que fuera imposible acostumbrarse á ellos. Más aún: la hermosura real de mi tierra nativa y la fealdad de aquella por que la había trocado, no contrastaban de tal modo que justificasen mi ánsia por tornar á la primera.

Ahora que he visto satisfecho, hasta cierto punto, mi deseo de vivir donde nací, ahora que mi cabeza se deja dominar ménos por mi corazon, y conozco que cuando se escribe para el público es necesario buscar modo de que cabeza y corazon se auxilien mutuamente, ahora comprendo que el corazon embellece muchas cosas que son feas y afea otras que son hermosas.

Uno de mis más queridos y respetados amigos, el doctor D. José Gil y Fresno, autor de un precioso libro que lleva el título de *Higiene física y moral del bilbaíno*, decia no há muchos días, dirigiéndose á mí por medio de un periódico, que el arte literario es siempre expresion incompleta de la idea y el sentimiento que se trata de expresar. Estoy enteramente conforme con esta opinion de mi sabio amigo, aunque tambien creo que con tanta más elocuencia se expresa el arte cuanto con más claridad ve el entendimiento y con más intensidad siente el corazon.

No es posible que encuentre yo medio de expresar lo hermoso que me parecia el valle nativo (que de suyo lo es), al cabo de veinte años pasados con el alma y el pensamiento fijos en él. Lo único que podré decir con esperanza de dar á entender lo que mi alma y mi sentimiento le habian embellecido, amándole y contemplándole desde lejos, es que me parecia que no habia rincón en el mundo más hermoso que aquel rincón.

Cuenta el historiador vizcaino Iturriza que, cuando se ausentaba de Vizcaya, se volvió á contemplar desde lo alto de la peña de Orduña, y se le saltaron las lágrimas. El arriero, en cuya compañía iba, era hombre de buen entendimiento y habia corrido mucho mundo, y como lo observase le dijo:

—Qué, te parece hermosa desde cerca? Más hermosa te ha de parecer desde lejos.

Cierto, cierto que la tierra donde uno ha nacido y se ha criado, lo mismo que las personas á quienes uno quiere, nunca parece más hermosa que cuando se está lejos de ella.

II.

Iba yo por fin á ver satisfechas mis ánsias de volver al valle nativo, á cuyo efecto me acomodé deliciosamente en la rotonda de la diligencia una mañana de agosto de 1859, porque aún no se habia abierto á la explotacion trozo alguno del ferro-carril del Norte.

La campiña que media desde Madrid á los puer-

tos de Somosierra solo es un poco amena en los meses de mayo y junio, únicos en que está vestida de verde. Cuando yo la recorría estaba ya árida y seca. ¡Qué horrible me parecía comparándola con los campos nativos, siempre verdes, esmeradamente cultivados y salpicados de alegres caseríos!

Al fin la diligencia fué abandonando la llanura y empezó á subir la serranía. El contraste que aquellos campos mal cultivados, aquellos montes pobres de vegetación, aquellos pueblecitos miserables y aquellas gentes que participan de la misma miseria y triste rusticidad, ofrecen con los campos, los montes, los pueblos y las gentes de mi tierra, me parecía mayor aún.

Realmente la serranía de Castilla la Nueva, y particularmente la de la Cordillera Carpetana, es miserabilísima y triste, si se exceptúan algunos vallecitos como el que riega el Lozoya, donde hay tal cual amenidad porque el clima es ménos rígido y el suelo más sustancioso.

Conforme pasaba yo aquellos pueblecillos miserables y veía á sus habitantes, reflejando en su traje burdo y de hechura desgraciada, en su color ennegrecido por los rigores del clima y el desaseo, en sus maneras torpes, en su lenguaje más torpe aún, la miseria y rusticidad de la tierra en que vivían, preguntábame cómo aquellas pobres gentes no abandonaban la tierra nativa y buscaban otra más tolerable, y esto me lo preguntaba yo partiendo del supuesto de que aquellas gentes la aborrecían, porque ni siquiera me pasaba por el pensamiento que pudieran amarla.

Llegamos á Somosierra, pueblecillo de 50 vecinos, que recibe su nombre de su situación en el somo del puerto, y la diligencia se detuvo para mudar de tiro en un parador que había allí.

El mayoral nos dijo á los viajeros, creo que con cierta ironía:

—Pueden Vds. bajar si quieren ver el pueblo, que es de los mejores de la sierra.

Bajamos, en efecto, y yo me fui á ver el pueblo y sus cercanías.

La villa de Somosierra (pues nominalmente es tan villa como Madrid y Bilbao, la primera señora de España en virtud de sus seis ó siete ministros, y la segunda señora de los mares en virtud de sus nevecientos ó mil buques) produce, según Madoz, centeno, lino, patatas, judías, cebollas, reumas y pulmonías.

Al recorrerla, al entrar en sus casas, al hablar con sus moradores, entre los cuales ni aún las mozas de quince á veinte merecen el nombre de bello sexo, al ver sus heredades, al contemplar desde sus cercanías la desolación que la rodea, tuve ánsia de abrazar á sus habitantes, porque pensé que estos necesitaban

ser unos santos cuando no habían pegado ya fuego al pueblo, le habían sembrado de sal y se habían alejado en busca de otro.

—¡Miserable de mí, exclamé, que reviento de vanidad creyendo que esta virtud del patriotismo es en mí digna de la aureola de los santos! Ciertamente que es casi idolatría el amor que á la tierra nativa tengo; pero ¡qué vale, qué mérito tiene tal amor á mi tierra natal, que es tan hermosa, comparada, no diré con el amor, porque ese no pueden tenerle, pero sí con la tolerancia de estas gentes á su tierra natal, que es tan horrible?

Pensando así, y pensando que aquellos campos y aquellos árboles, abrasados por el rigor del clima, aquellas casas, aquella ermita de las Angustias (porque allí todo es angustioso) y hasta aquella iglesia parroquial de las Nieves (porque allí todo es frío), no tenían siquiera la dicha que tenían los campos, los árboles, las casas, la ermita y la iglesia de mi aldea, de que pensarán en ellos y suspirarán por volverlos á ver los que estaban ausentes de ellos; entreteníame en cortar y aderezar con un cortaplumas una varita de un roble bajo y achaparrado, que se alzaba solitario delante de la ermita de las Angustias, y con la vara en la mano me volví hacia la diligencia, que pocos minutos después emprendió la bajada septentrional del puente.

III.

Caminé, caminé todo el día por aquellas llanuras de Castilla la Vieja. Aquellas llanuras que se extienden desde Aranda del Duero á Burgos me parecen ahora fértiles y aún hermosas; pero entonces... ¡qué paliza me hubieran arrimado sus moradores si hubiesen sabido lo que yo iba pensando de su tierra natal! Lo que yo iba pensando, siempre comparando la tierra agena con la propia, era que aquella tierra, aunque comparada con la de Somosierra era hermosa, comparada con la mía era horrible.

Entré en la serranía de Burgos, que realmente en fealdad y miseria excede á la serranía Carpetana, y continué embelleciendo con la comparación á mi tierra natal, y solo cuando me asomé á la cuenca del Ebro y contemplé la admirable ribera de Valdivieso, sospeché que hubiera algún rinconcillo en el mundo que no debiese sonrojarse comparado con este donde yo había nacido.

Al pasar el Ebro empezó á anochecer, y entonces sí que el idealismo patriótico tomó proporciones gigantescas y sublimes en mi imaginación á favor de las sombras de la noche, que reconcentraron toda mi potencia imaginativa y poética en mi tierra natal.

Desde el Ebro hasta la frontera de Vizcaya hay poco más de diez leguas. Como la diligencia caminaba siempre hacia abajo, las recorrió en poco más de seis horas.

¡Con qué ánsia y qué emoción me iba yo acercando á aquella frontera! Mis ojos pugnaban constantemente por encontrar en la oscuridad y el silencio de la noche algo de lo que mi corazón había ansiado por espacio de veinte años.

Ladraba un perro ó cantaba un gallo, y creía reconocer en aquel ladrido ó aquel canto algo de lo que yo había oído en mi infancia. Daba la hora en un pueblo más ó menos cercano, y se agitaba mi corazón creyendo ser aquella campana alguna de las que yo no había oído hacia más de veinte años. El viento del sur silbaba entre los árboles, y me parecía que aquel silbido tenía ya algo de las dulces armonías de la patria. Y yo sentía como pesar de no poder cojer un puñado de yerbecillas de orilla del camino para ver si su olor me indicaba la presencia de alguna de las yerbas ó florecillas especiales de los campos nativos.

La noche era oscura, aunque no tanto que no se distinguiese algo el paisaje que me rodeaba; pero este algo era tan mínimo, era tan vago, era tan confuso, que dudaba yo si realmente veían algo mis ojos ó si únicamente mi imaginación era la que veía.

La diligencia debía dejarme dos leguas ántes de llegar á mi aldea, ó, lo que es lo mismo, en Balmaseda, que se encuentra á poco más de media de donde comienza Vizcaya. Si no hubiese yo sabido que no me había de conducir á mi aldea, cien veces hubiera creído entrever el campanario de esta, entrever la arboleda donde jugué de niño, entrever la casa paterna y conocer en el ruido del agua de una presa el de la presa del molino y la herrería de mi aldea, porque todo el que ha viajado de noche sabe cómo á la tenue claridad de la estrellas ó de la luna, escondida entre nubes, cree uno ver ciudades donde no hay más que aldeas, templos ó fortalezas donde no hay más que rocas, campanarios donde no hay más que árboles.

No conocía yo apenas el país por donde caminaba, porque casi niño pasé por él y llevaba aún los ojos nublados por las lágrimas de despedida del hogar y de la tierra natal. Cuando todavía me creía lejos de la frontera de Vizcaya, un grito de alegría se escapó de mis labios y las lágrimas se agolparon á mis ojos: era que á mis sentidos llegaba un signo inequívoco de que me hallaba cerca de la tierra nativa: este signo era el olor particular y para mí siempre grato de la *oja*, es decir, de la leña puesta en combustión para carbonizarla.

Poco despues noté que la diligencia entraba en una calle alumbrada por faroles de reverbero, y á la luz de estos me cercioré con indecible emoción y regocijo de que me hallaba en Balmaseda, el pueblo de las maravillas de mi infancia.

IV.

Me rendía el cansancio, el sueño y la emoción; pero aún así, ni por el pensamiento me pasó la idea

de dormir y descansar, aún cuando la posada era buena y la cama blanda, blanca y tentadora.

Paséme el resto de la noche asomado al balcón, ansiando que amaneciera para poder contemplar aquella colina, á cuyo pié se perdía el camino de mi aldea, y aquella iglesia frontera á mi balcón, en cuyo pórtico tanto me había yo divertido y con cuyo órgano tantas veces me había extasiado.

Y entre tanto y pensando en la hermosura de mi tierra nativa y la fealdad de la extraña, compadecía profundamente, por ejemplo, á los naturales de Somosierra, que cuando se ausentaban de la tierra nativa no gozaban pensando en ella, como yo había gozado pensando en la mia.

Conforme iba amaneciendo, fui gradualmente contemplando todo aquello que ansiaba contemplar, y la emoción fué gradual también. Si lo hubiese contemplado de una vez, creo que no hubiera podido resistir la violencia de la emoción.

Disponíame á alcanzar el bien supremo, que era llegar á mi aldea, cuando ví que entraba en la villa un licenciado del ejército, que se dirigió á mí para hacerme no recuerdo qué pregunta.

Vestía, por supuesto, de paisano y llevaba el canuto de la licencia pendiente de una ancha cinta, cuyos colores y colorines eran por cierto de malísimo gusto.

Al verle y al pensar que, como yo, regresaba á la tierra nativa, compadecíale suponiendo que probablemente no gozaría con el regreso nada de lo que yo gozaba, porque su pueblo sería por el estilo, si no precisamente de Somosierra, de otro poco menos que incapaz de inspirar amor alguno á sus naturales.

—Hola, le dije, V. ha pescado ya la absoluta?

—A Dios gracias, sí, señor, ¡y no he suspirado poco por ella! me contestó brillando sus ojos de alegría.

—Irás V. contento á su pueblo?

—Tanto que me parece ir á la gloria.

—Pues qué, tan buen pueblo es?

—Para mí no hay otro en el mundo tan hermoso.

Sentí como despecho al oír esto, porque me parecía una ofensa á mi pueblo.

—Tiene V. padres y hermanos?

—A Dios gracias, sí, señor, y me falta tiempo para abrazalos.

—Para que fuera todo completo, no faltaba más que tuviera V. también novia en su pueblo.

—Pues también tengo, y, aunque viste sayal, es la chica más hermosa que Dios ha criado.

—Sabe ya que V. vuelve?

—Figúrese V. si lo sabrá cuando ella es quien me ha enviado esta hermosa cinta para la absoluta.

—Es V. castellano?

—Entre castellano nuevo y viejo, pues mi pueblo divide á ambas Castillas.

- Cómo se llama?
 —Se llama Somosierra.
 —Somosierra! exclamé asombrado.
 —Sí, señor. Ha pasado V. por allí alguna vez?
 —Anteayer tarde.

El licenciado se estremeció de alegría y envidia, y se acercó más á mí, como si quisiera respirar el ambiente de su pueblo, que aún se conservaba adherido á mí.

- Y qué tal le ha parecido á V. mi pueblo?
 —Bien, le contesté pidiendo mentalmente á Dios que me perdonase tan enorme mentira.

¿Cómo no incurrir en ella, si el pobre licenciado me había hecho aquella pregunta con el inocente y hasta santo orgullo de la madre que, creyendo muy hermoso á su hijo, pregunta con la única intención de que la regalen el oído diciéndoselo?

—No porque yo lo diga, continuó el licenciado lleno de vanidad; pero para ser pueblo de sierra, en España no se presentará otro como él, ni de chicas tan guapas y tan finas.

La conciencia no me permitió ya asentir á esto, y para variar un poco el giro de la conversacion, le dije:

—Figúrese V. si me llamaría la atención, cuando no quise pasar adelante sin llevar algún recuerdo de él.

—Y qué recuerdo fué?

—Uno que le voy á regalar á V., y que me agradecerá por ser de su pueblo, y porque al que camina á pié le conviene llevar siquiera una varita para ahuyentar á los perros: esta vara que corté de aquel roble que está delante de la ermita.

El licenciado se apresuró á tomar la vara lleno de alegría, y exclamando:

—¡Ay, si supiera V. los encantos que tiene para mí aquel árbol! Al pié de aquel árbol íbamos á jugar al salir de la escuela; al pié de aquel árbol jugábamos y bailábamos los domingos; de aquel árbol cortábamos ramas la mañana de San Juan para adornar la ventana de nuestras novias; al pié de aquel árbol me despedí de la mía al ir soldado; y en el tronco de aquel árbol hice entonces una cruz con la navaja, diciendo: "Primero ha de faltar esta, que mi palabra y mi cariño te falten!"

Al decir esto, el licenciado contemplaba la vara con ansia de besarla, como si fuera una santa reliquia, y sus ojos reventaban en lágrimas de alegría y amor.

Y al ver aquello, acabé de comprender lo que más tarde resumi en estos cuatro versos:

—"No hay madre como mi madre,
 ni hija como mi hija,
 ni patria como mi patria,—"
 cantaba un santo egoísta.

ANTONIO DE TRUEBA.

PENSAMIENTOS

Negar á Dios es reconocerle. Si no existiera nadie le negaría.

ARSENIO HOUSSAYE.

¡Lástima grande que venga
 nuestro error á que nos den
 escuelas para hablar bien,
 y que el callar no las tengal

LOPE DE VEGA.

Mi padre me ha hecho bajar del cielo á la tierra,
 y mi maestro me hace subir de la tierra al cielo.

ALEJANDRO EL MAGNO.

Más que amor el juego abrasa,
 porque aquel mira el honor,
 cuyos límites no pasa;
 pero ¿cuándo el jugador
 tuvo cuenta con su casa?

TIRSO DE MOLINA.

No hay diamante que no tenga alguna mancha,
 si se le examina con un buen antejo.

EMILIO GABORIAU.

...Sea verdad ó sueño,
 obrar bien es lo que importa;
 si fuere verdad, por serlo;
 si no, por ganar amigos
 para cuando despertemos.

CALDERON.

MISCELANEA

Han visitado nuestra redacción las siguientes publicaciones: *El Eco de Ambos Mundos*, de Londres; *La Iberia*, de Madrid; *El Gólgota*, semanario de Las Palmas (Gran Canaria); *El Ejemplo*, diario de la Coruña; *La Crónica de Castilla*, de Palencia; *El Vigilante*, de San Martín de Provensals; *El Heraldillo Gallego*, de Orense; *La Juventud Católica*, de la Habana; el *Diario de Cienfuegos* (Is-la de Cuba); *El Omnibus*, diario de Pinar del Río (idem); y *El Liceo*, revista de Granada. Devolvemos con sumo gusto la visita á tan apreciables colegas, agradeciendo particularmente á *El Omnibus* las entusiastas y delicadas frases con que nos favorece.

El Matusalen de la época actual es Martín Cantiño, residente en Saguaverna, Brasil. Nació en 1694, de modo que ha figurado en tres distintos siglos. Cuenta 180 años y tiene 294 descendientes que viven.

Se ha verificado la apertura del curso en la Universidad católica, que sostiene en esta capital la asociación de católicos.

Casi todos los grandes escritores franceses contemporáneos principiaron á escribir siendo miserables, y hoy se encuentran muy ricos. Víctor Hugo posee seiscientos mil francos; Jorje Sand, cerca de un millón; Emilio Girardin, tres millones y medio; Guizot, quinientos mil; Thiers, un millón; Alejandro Dumas, cuatrocientos mil; Edmundo About, doscientos cincuenta mil; Alfonso Karr, cien mil; Julio Sandau, setecientos cincuenta mil; Victoriano Sardon, quinientos mil; Téofilo Gautier, murió millonario; y las viudas de Scribe y de Ponsard viven en la opulencia. En cambio la viuda del célebre Proudhon tiene que ganarse la vida con el oficio de lavandera.

Tip. de G. ESTRADA, Dr. Fourquet (antes Yedra), 7.